

LOS CONTEXTOS POLÍTICOS EN EL ÁREA SUR: ¿TRANSFORMACIONES REFORMULADAS?

SUSANA MALLO REYNAL
COLABORACIÓN DE SYLVIA GONZÁLEZ MATEOS

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay

RESUMEN

A partir de una revisión sobre la reciente historia política de Uruguay y Argentina, se plantea profundizar sobre las condiciones sociales y presupuestos teóricos para el ejercicio de una ciudadanía plena y participativa en las democracias del Cono Sur. En función de ello se realiza un doble recorrido: por un lado, se identifican los problemas recurrentes en el debate teórico sobre una ciudadanía digna y un espacio público democrático, ello a través de un análisis crítico de las propuestas elaboradas por H. Arendt y Habermas; por otro, se discuten dichas alternativas a la luz de los contextos sociopolíticos de las sociedades y las democracias contemporáneas en el Río de la Plata. El análisis específico del proceso de crisis en la Argentina, de múltiples dimensiones (económica, política y social), muestra sus consecuencias sociales fuertemente regresivas, así como los impactos negativos en la participación y representación ciudadana. Asimismo, se plantea las alternativas políticas ensayadas para la salida de la crisis y los significados de la recomposición de las relaciones entre elencos políticos y sociedad civil. El diagnóstico de la crisis uruguaya de entonces muestra un sistema político tensionado entre el impulso al cambio y los frenos conservadores, y por otro lado, la instalación de un proceso de crisis económica con resultados sociales devastadores. A diferencia con Argentina, la combinación de

inestabilidad social y crisis económica no culminó en una crisis de representación política, debido a la posibilidad de canalizar el descontento popular a través de los mecanismos de participación directa de la ciudadanía, plebiscitos y referéndum.¹

La comparación, a pesar de las diferencias que hacen la especificidad de cada país, muestra las dificultades y desafíos comunes para la construcción de la ciudadanía en las democracias contemporáneas, particularmente en un nuevo contexto de crisis económica mundial. Por un lado, la comparación estimula a re-pensar el cómo hacer compatibles los principios de igualdad y pluralismo democráticos frente a formas de conformación y reproducción de fuentes de poder constituido y constituyente. Por último tematizaremos el desafío creciente de los gobiernos progresistas : avanzar hacia la participación ciudadana activa e inclusiva en contextos de alta vulnerabilidad y marginación social, como lo son nuestras sociedades latinoamericanas.

La construcción de una democracia real y el fortalecimiento de un ciudadano responsable y participante² han sido creciente objeto de preocupación y discusión teórica-política en la búsqueda de lograr un desarrollo con visos de justicia social, inclusión y consolidación del "bien público".

Dados los casos que nos ocupan: Argentina y Uruguay; el tema reviste, como para la generalidad de América Latina, una enorme importancia, pues los niveles de crisis económica, política y social cobraron y cobran un 'intolerable' número de vidas humanas. Dichas crisis delatan problemas enraizados en las matrices y supuestos neoliberales en los cuales se apoyaron las prácticas y políticas puestas en marcha por distintos gobiernos de las últimas décadas. La regresión económica, de las más grandes vividas en la historia de nuestros países rioplatenses, impactó en ellos dando lugar a manifestaciones diferenciales, producto de la historia específica de los mismos, sus identidades y sus instituciones sociales. No obstante las particularidades, en ambas sociedades los niveles de conflicto sacudieron parte de las creencias con las que los ciudadanos se autoidentificaban, percibiéndose una profunda transformación en sus sentimientos de identidad, sus formas de 'entender y reconstruir' el mundo, sus maneras de participación y adhesión al sistema político, es decir, los núcleos articuladores de la integración ciudadana.

Nos preguntamos sobre la validez y pretensión de convertir al hombre actual en un ciudadano responsable y participativo en una sociedad crecientemente globalizada o "de modernidad fluida" (Bauman 2002); y cómo realizar esta promesa, sin parecer ingenuos, si vivimos en una región que estuvo inmersa durante muchos años en un proceso creciente de fragmentación y polarización social, y en la que en la salida hacia la 'democratización' se socializaron sólo los mecanismos de democracia política.

La principal preocupación que se impone es cómo viabilizar un proceso de resignificación de los derechos humanos y de la ciudadanía que no responda sólo a la demanda de una "vida buena" sino al establecimiento de límites a la creciente expulsión de hombres y mujeres, y la consecuente polarización entre incluidos y excluidos.

Al hablar de la 'ciudadanía' estamos haciendo alusión a una práctica intrínsecamente conflictiva imbricada a las relaciones sociales de poder que configuran el campo de lo político, y que definen "quienes podrán decir qué" tanto en lo referido a las prioridades ciudadanas, la enunciación y jerarquización de problemas y el cómo deberán ser abordados.

Para nosotros la resignificación antes mencionada sólo es posible si se construye el poder ciudadano desde las bases sociales, de modo que logre imponerse, controlar y participar activamente en la toma de decisiones políticas, pasándose entonces de una democracia delegativa a una democracia participativa. La razón humana, dice Arendt, sólo puede provenir del hombre si éste puede hacer uso público de ella, si es libre como hombre y como ciudadano, sin tutelaje. Se trata de "el derecho a tener derecho" porque ¿qué es constituirnos como ciudadanos sino la posibilidad de acrecentar nuestra acción, nuestro debate, nuestra legitimidad? (Arendt, 2002). De esta manera el ciudadano deja de ser un mero receptáculo de los derechos promovidos por el Estado para transformarse en un sujeto de derecho que busca participar en ámbitos de 'empoderamiento', los que quedan definidos según su capacidad de gestión y según como evalúa el ámbito para las demandas que intenta gestionar.

A partir del consenso de Washington, la transformación en el modelo de desarrollo provocó grandes alteraciones en la estructura social; desestabilizó la integración y sus formas de socialización, rompiendo el entramado constitutivo de nuestras identidades.

Las sociedades del área sur, históricamente se caracterizaban como homogéneas (de origen mayoritariamente europeo: español e italiano), con sectores organizados de clase media y una ciudadanía de derechos amplios (comparativamente con el resto de la región); sin embargo, en un lapso de tiempo relativamente corto este modelo se fragmentó. La resultante fue un sistema en el que encontramos precarización en el trabajo, debilitamiento del Estado en áreas claves de la política social, pérdida de calidad educativa y dificultad para generar nuevos tipos de solidaridad y organización social.

Como es de suponer, en estas sociedades polarizadas se han debilitado los lazos sociales que eran el soporte del individuo a nivel de: a) su trabajo, b) su relación con el Estado y la construcción de su ciudadanía, c) su familia y las relaciones interpersonales y d) los procesos de subjetivación. Ante esta crisis, las instituciones han dado respuestas parciales a la exclusión de los individuos en el sistema, creando leyes y normas que no se adaptan a la situación, aumentando las leyes, sobre todo penales, sin éxito en la mejora en los niveles de la

seguridad. Ello no ha evitado la creciente expansión de una economía en negro, ni el desarrollo de redes de difícil control público, entre la que señalamos las del tráfico de drogas y la trata de blancas, el lavado de dinero, etcétera.

¿Cómo reconstruir los ámbitos públicos en democracias debilitadas por la crisis? ¿Como incorporar y estimular la participación política en la configuración de las nuevas identidades



.....
 : Rocío Santamaría Ambriz, jefa de Evaluación

sociales? ¿Como 'escuchar' e 'incorporar' su 'voz' en un proyecto político donde las decisiones se construyan entre los ciudadanos y no se impongan a ellos?; éstos son algunos de las grandes interrogantes que se plantean en este trabajo. Los debates se suceden, y son desafío para cualquier gobierno progresista. Dicho fenómeno implica, en términos habermasianos, que la soberanía popular debe extender su influencia a las instituciones democráticamente estructuradas de la formación de la voluntad y opinión, y adoptar en resoluciones formales una forma autorizada, procurándose, en relación a los aspectos sistémicos de las cuestiones públicamente discutidas, un suficiente saber de expertos y las adecuadas traducciones. En definitiva, se trata del control de los aspectos sistémicos por la ciudadanía, dado el desarrollo del poder comunicacional y el poder político en íntima articulación.³

Para tematizarlo hemos realizado una elección, nunca ingenua o neutra, del concepto de ciudadanía de H. Arendt, a la cual contraponemos, indicando continuidades y rupturas, aquel derivado de la teorización habermasiana.

La construcción de ciudadanía

Para Arendt, el ciudadano activo se manifestó en la antigüedad clásica y en algunos momentos privilegiados de los tiempos modernos; pero, en general, la modernidad es un proceso negativo, época de triunfo del burgués, es decir, del denominado hombre de masas.

La construcción del concepto de ciudadano, para dicha autora, se inscribe en la tradición republicana o democracia radical; es desde allí que reelabora las categorías público y privado, separando, al igual que en la polis griega, ambos ámbitos.

Es por ello que "lo social" no es para Arendt sino la victoria del "animal laborans" y la inclusión de la cuestión económica en el ámbito de la política con la consecuente privatización de lo público, lo cual conspirará en detrimento de la acción comunicativa.

Esto no significa un rechazo puntual del espacio privado, por el contrario, la privacidad para nuestra autora ofrece un lugar protegido y oculto. Es desde esta esfera que podemos entender su definición de "paria", categoría utilizada desde sus textos más tempranos, y que sintetiza el lugar desde dónde su escritura se produce. Dicho concepto no sólo trata de dar una respuesta teórico-política a las discriminaciones producidas por el nacional-socialismo, sino que adquiere un alcance mayor: el paria es mucho más que un desarraigado, es un "otro", un excluido. Alguien totalmente distinto al parvenu (el advenedizo) quien, a su vez, no se limita a ser un mero escalador social, sino alguien con una pulsión tan enfermiza por asimilarse al mundo que está dispuesto a negarse a sí mismo con tal de no sentirse separado de él.

No obstante la puntualización realizada en el párrafo anterior, la esfera pública es descripta en términos de diferenciación y antagonismo con la esfera privada.

La polis es el ámbito donde se habla y se actúa en común, es el lugar donde los ciudadanos se reconocen como 'iguales'. Tal representación es la que hace posible la construcción política de la igualdad, aplicándose a todos aquellos que comparten palabra y acción. De esta forma,

el espacio público, la polis, no tiene una localización espacial, no se identifica con una nación o un territorio. La idea de polis se transmite en el hecho de hablar y actuar juntos de modo tal que "a cualquier parte que vayas serás una polis". Por tanto, la construcción de la ciudadanía para Arendt no pasa por el lugar donde se debate, ni dónde se actúa, sino qué es el debate mismo en cuanto acción compartida.

El concepto de poder comunicativo proviene de Hanna Arendt. Con él hace referencia a la capacidad que tienen los hombres de actuar y hablar unos con los otros. La autora, según reconoce el propio J. Habermas, parte de un modelo de acción comunicativo puesto que "el poder surge de la capacidad que tiene los hombres no solamente para actuar o hacer cosas, sino también para concertarse con los demás y actuar de acuerdo con ellos" (Habermas, 1986).

Para la autora, el poder se actualiza en la acción, pero no como disposición sobre los medios que permiten influir sobre la voluntad de los otros, sino como acuerdo de los hombres de una comunidad para la realización de fines colectivos. El poder queda así asociado a la esfera pública, a las actividades de coordinación comunicativa para el entendimiento, y desligado tanto de los otros mecanismos de coordinación de la acción (estratégicos y teleológicos), como de las conceptualizaciones sistémicas del mismo.

Podemos decir que se establece una relación equivalente entre poder- poder político- acción comunicativa orientada al entendimiento y esfera pública. Esta equivalencia es el producto de una sociología de la acción, basada en una perspectiva fenomenológica que excluye los aspectos sistémicos del poder, a la vez que refiere a la "cuestión social" como un mecanismo "reificación" de lo público por lo privado.

La crítica sustancial que Arendt realiza a la democracia representativa tradicional pasa por remarcar las limitaciones del propio sistema: representación y acción son para ella términos antitéticos. A través de la representación se injertan los intereses económicos en lo público hasta constituirse como objetivos fundamentales de lo

político; esto involucra otra inversión; la sustitución de la visión del hombre como creador (trabajo) por la de "hombre laborans" (productor). De lo expuesto anteriormente, la autora deriva una crítica central: en la democracia representativa las personas delegan su consentimiento para ser gobernadas y por tanto, eliminan la posibilidad de la acción de los representados. He ahí la crisis que este sistema ha producido al negar las instituciones que permitían la participación directa de los ciudadanos, facilitando con ello la burocratización y profesionalización de los partidos.

18



.....
••••• Socorro López Manríquez, secretaria
.....

La conceptualización aristotélica de acción que realiza la distancia del modelo weberiano, ya que de éste se desprende que la técnica moderna ha propiciado acciones que no pueden ser medidas en dimensiones éticas o de responsabilidad. Por el contrario, Arendt afirma que la acción es, por su misma naturaleza, "ilimitada en sus consecuencias e impredecible en sus resultados últimos" (Arendt, 2002).

Efectivamente, para la autora violencia y poder no son sinónimos. El poder es fuerza comunicativa buscando consensos. La violencia, en cambio, es imposición de voluntades por la fuerza, es coerción (Arendt, 1970). Sin duda, el concepto de poder subyacente en esta reflexión excluye el aparato administrativo del Estado y otros aspectos del funcionamiento político que tiene que ver con las necesidades de acciones estratégicas.

Podemos decir que Arendt establece una relación equivalente entre poder- poder político- acción comunicativa orientada al entendimiento y esfera pública.

Esta equivalencia será cuestionada por el propio Habermas al decir que "Hannah Arendt tiene que reducir el poder político exclusivamente a praxis, esto es, al habla y a la acción conjunta de los individuos, porque a esa praxis la deslinda de las actividades no políticas del producir y del trabajar, por un lado, y de la actividad no política del pensamiento, por el otro" (Habermas, 1986.)

Efectivamente, los aportes de Habermas al pensamiento de Arendt y su concepto de ciudadanía son complejos y ambivalentes. Por un lado, afirma deberle parte de su conceptualización de la "acción comunicativa", por otro, critica en Arendt la distinción entre producir y trabajar (Habermas, 1999).

Asimismo, el autor se refiere al concepto de poder afirmando que no se logra comprender totalmente su dinámica haciendo sólo énfasis en los que discuten y se conciertan entre sí para actuar en común; ni tampoco es admisible la teoría prevaleciente que reduce el concepto de lo político a los fenómenos de competencia por el poder y de reparto del poder sin hacer justicia al peculiar fenómeno de la generación del poder (Habermas, 1999).

Esto nos remite a diferenciar en Habermas el concepto de poder comunicativo y el de poder político. Por el primero se entiende la posibilidad de producir discursivamente motivaciones y convicciones compartidas; el segundo hace referencia a las pretensiones de dominio sobre el sistema político y el empleo del poder administrativo. En él, el poder refiere a las posibilidades inherentes a la acción comunicativa, pero también a la influencia de la autonomización sistémica sobre el "mundo de la vida", lo que equivale, en su forma extrema, a la colonización del mundo simbólico, es decir, colonización del mundo de la producción de sentido y la integración social. De ahí la necesidad de acción estratégica para el ejercicio del poder en las instituciones democráticas.

Es esta distinción la que diferencia la conceptualización de Habermas de la de Hannah Arendt, quien se

referirá al poder en términos de la fuerza de realización que surge de la comunicación y la cooperación ciudadana; desligándolo de toda vinculación estratégica y diferenciándolo radicalmente del uso de la fuerza.

Como sostuvimos al comienzo del trabajo, la distinción entre poder comunicativo, poder político y poder sistémico es posible en Habermas debido a su conceptualización de la sociedad en términos de "sistema" y "mundo de la vida", y a su análisis de la coordinación de la acción lingüística en términos de actos instrumentales, estratégicos u orientados al entendimiento. Admitir los dos primeros permite incorporar los análisis de manipulación de la opinión pública y la violencia estructural, la cual no se manifiesta como tal sino en cuanto barreras sutiles que impiden la comunicación, haciendo posible la emergencia de ideologías y convicciones "con las cuales los sujetos se engañan sobre si mismos y sobre su situación" (Habermas, 1986). A estas ilusiones dotadas de la autoridad de convicciones comunes Habermas las llama ideologías, y según el autor el análisis de las mismas queda bloqueado cuando, como ocurre en el análisis de Arendt, se piensa el poder político sólo en términos de poder comunicativo.

Dicho autor elabora una teoría crítica de la modernización, en la cual sostiene que el capitalismo contemporáneo reifica las estructuras simbólicas y reconoce un paulatino avance de la racionalidad sistémica sobre el mundo de la vida; dicho avance es vivido como crisis de motivación y socialización.

En su Teoría Crítica de la sociedad moderna reconceptualiza la reificación como "colonización del mundo de la vida" por fuerzas dimanantes de los sub sistemas económico y político. Analiza las deformaciones socio-culturales fundamentales en relación con la creciente subordinación del mundo de la vida a los imperativos sistémico de la reproducción material. Frente a esta situación el proyecto político que propone Habermas ancla en las prácticas comunicativas, a las que son intrínsecas las posibilidades de entendimiento, es decir, la virtualidad de generar acuerdos racionalmente fundados; y se cons-

tituye, como se desarrolla en "Facticidad y Validez", en el Estado de Derecho.

Habermas criticará a Arendt las fuertes dicotomías entre lo público y lo privado, entre la libertad y el bienestar, entre la actividad práctico-política y la producción. Excede el objetivo y los límites de extensión que tenemos para el trabajo, desarrollarlas, pero a modo de ejemplificación reiteramos que en el pensamiento de la autora, la acción representa el ámbito de la libertad, y el ámbito de la libertad refiere al ciudadano y a la polis. La producción de objetos, por el contrario, pertenece al mundo de la necesidad, pertenece a la reproducción material, al mundo privado, a los intereses particulares.

Dicha separación queda reiterada cuando en sus estudios sobre la *Historia de las Revoluciones* (1966) la "revolución buena", es decir la americana, es catalogada como tal en cuanto persiguió la libertad, entendiendo por tal la participación de los ciudadanos en la polis; mientras que la "revolución mala", la francesa, se constituyó como tal en cuanto mezcló las cuestiones políticas con las cuestiones socio económicas ("la cuestión social). Esta separación conceptual, por otra parte, tiene raíces en la concepción aristotélica de la política, a la cual Arendt remite.

Para Habermas el "estrechamiento categorial" que realiza la autora la lleva a eliminar del ámbito de lo político todos los elementos estratégicos; desligar la política de su entorno económico y social (en la que queda inserta a través del aparato administrativo); no captar los fenómenos de violencia estructural, a la cual nos hemos referido en el apartado anterior.

Por el contrario, y como señala el autor, es sólo en el marco de integración del análisis sistémico y de la acción comunicativa que es posible entender cómo los ciudadanos pueden tener convicciones que no son más que ilusiones, y generar de ese modo la institucionalización de un poder que se torna en contra de ellos mismos. Dicho en otros términos, la opinión pública puede ser manipulada. El tema central pasa a ser entonces el potencial crítico de la comunicación en cuanto pone en acto las pretensiones de validez en relación a un mundo

objetivo, subjetivo o normativo, y no ésta en cuanto mera acción discursiva.

Señalaremos, a modo de conclusión que en Habermas hay una clara distinción entre poder comunicativo y la transformación de las decisiones tomadas colectivamente en poder administrativo, así también como una distinción de cómo se realizan las funciones de sanción, organización y ejecución.

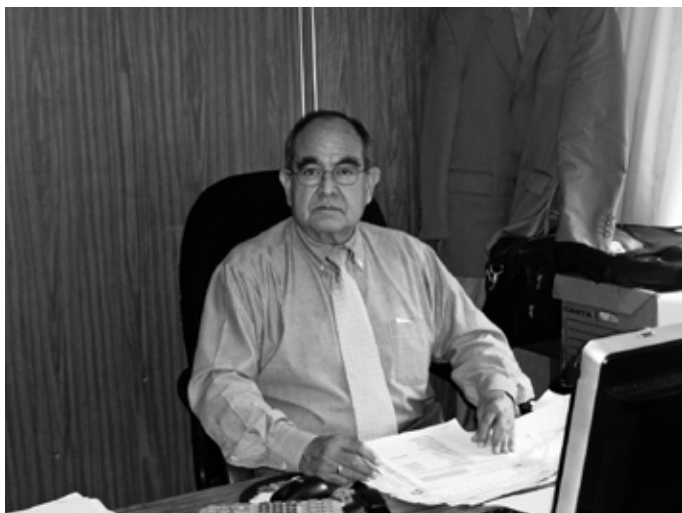
Esto implica una especificación en la categoría poder político, pues, como ya lo señalamos, en las sociedades modernas la política no puede coincidir ya en conjunto con la práctica de aquellos que hablan entre sí para actuar de forma políticamente autónoma. El derecho "es el medio a través del cual el poder comunicativo se transforma en administrativo". De esta manera Habermas continúa la idea expuesta en Teoría de la Acción Comunicativa de que en las sociedades modernas el derecho penetra el mundo de la vida; pero también y como ya lo expusimos es un medio para su enriquecimiento en cuanto lugar de anclaje para el control ciudadano de las estructuras antidialógicas del subsistema de la política estatal.

Por otra parte Habermas descarta que se reduzca el factor humano al pensamiento científico y técnico a la razón instrumental; o se apele a los particularismos del individuo o de la comunidad. Como consecuencia de ello, critica la dominación del pensamiento estratégico, pero también muestra su horror absoluto a las fuerzas populares que condujeron al nazismo. El autor afirma que no hay democracia sin ciudadanía, y no existe ciudadanía sin acuerdos, no sólo sobre procedimientos o instituciones sino también sobre los contenidos de dicha ciudadanía y los mecanismos de 'diálogo' y búsqueda de consensos.

Jürgen Habermas nos advierte que no hay democracia si no se escucha y reconoce al otro, si no se busca lo que tiene un valor universal en la expresión subjetiva de una preferencia. La deliberación democrática significa un parlamento, un tribunal, o un medio de difusión al que se le reconozca cierta validez y la aceptación del otro, salvo que este otro se coloque más allá de las fronteras de la sociedad. Los juicios morales y sociales son entonces

medios para conservar y reproducir valores culturales, normas sociales y mecanismos de socialización.

Una sociedad no es un conjunto de producción, sino también una colectividad con exigencias de integración social y conservación de sus valores culturales; en términos más concretos, la educación y la justicia son



.....
Juan Luis Soto Barzalobre, contabilidad
.....

tan importantes como la economía y la política. Entonces, el debate democrático combina tres dimensiones: 1. el consenso en referencia a las orientaciones culturales comunes, 2. el conflicto que opone a los adversarios, 3. el compromiso resultante, que relaciona ese conflicto respecto a un marco social -en particular el marco jurídico- que lo limita.

Justamente, la pregunta central de nuestro trabajo es cómo reconstruir solidaridades en sociedades tan castigadas por la crisis.

A tales efectos realizaremos un recuento de lo sucedido en Argentina y Uruguay en estos últimos años.

Los cambios políticos que se viven en América Latina dan cuenta de una crisis generalizada del modelo económico y sus consecuencias sociales, de la cual los partidos políticos no se han mantenido al margen.

Sobre este nuevo escenario se intentará configurar para Argentina y Uruguay el surgimiento de nuevas formas políticas que logran mayores grados de institucionalización, pero también las nuevas transformaciones que comienzan a percibirse en los partidos tradicionales que

han persistido y dado continuidad al proceso democrático transitado en los últimos 20 años.

A pesar de las "inercias" provenientes de períodos anteriores que los gobiernos progresistas han tenido que enfrentar, se han ensayado nuevas formas de participación donde la relación con la ciudadanía y sus grupos organizados ha marcado profundos cambios en el proceso democrático.

La búsqueda de nuevas formas de participación se encuentra con grandes déficits derivados de un modelo de corte neoliberal, una clase política que aún no ha logrado transmitir intereses constituidos sobre la base de principios participativos populares, y una creciente fragmentación y desánimo social en los sectores más castigados históricamente.

El reclamo ciudadano y la construcción de nuevas subjetividades participativas establece una relación entre la acción, la libertad y la pluralidad.

Mientras que las viejas formas partidarias no pueden adecuarse a este proceso que parece ser tan irreversible como impredecible, los intelectuales tampoco han logrado cumplir con un rol crítico y creativo. Se hacen necesarias nuevas narraciones.

Nuevos espacios han esperado sin respuesta un compromiso que aporte soluciones a los procesos democráticos en la nueva coyuntura. La real falta de categorías y pensamiento propio significa un gran desafío a la hora de analizar y comprender la crisis de paradigma atravesada por nuestra región.

En este sentido, se intentará contribuir con un análisis propio desde donde reinventar el compromiso crítico y militante desde nuevas bases políticas y epistemológicas. Es decir, comprender las potencialidades y limitantes en las nuevas formas políticas ensayadas en nuestros países rioplatenses.

¿Es posible que los partidos políticos con impulsos progresistas puedan dar respuesta a las nuevas demandas sociales? Se buscará contemplar dichas demandas sociales condensadas a través de nuevas y viejas formas asociativas, así como intentar analizar posibilidades de

construir nuevos canales inclusivos para los postergados y silenciados de nuestra sociedad.

Desde el paradigma comunicacional: una nueva construcción de lo político

Lo político es un proceso dual. Por un lado implica gobernar, es decir, lograr el asentimiento de la comunidad, cuestión que descansa en la distribución, la participación y jerarquía de lugares y funciones. Por otro, construir el sentido de la igualdad, el cual no puede separarse de la emancipación.

Lo político se configura en el espacio, brecha o el intervalo donde se redime la pretensión universal de la igualdad y las luchas particularistas por el poder. Incluiría toda práctica societal y las visiones que la conforman, deliberadamente orientadas a la persecución de intereses que atañen, en mayor o menor medida, a la distribución de los recursos materiales y simbólicos, la distribución y el reconocimiento.

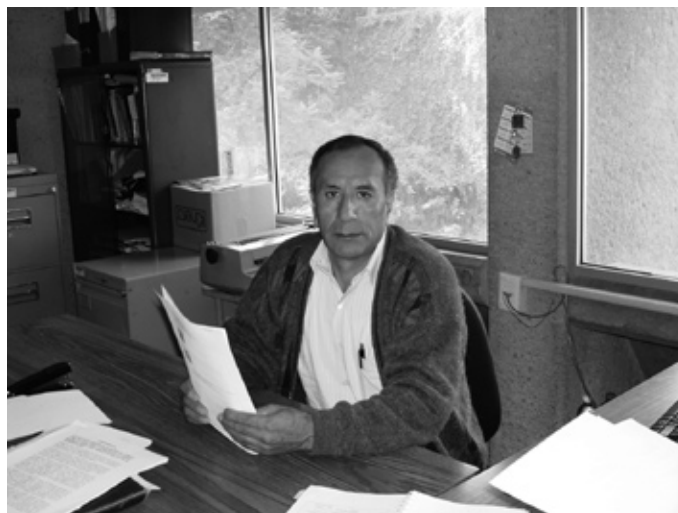
En el sur de América Latina, la arena de lo político se ensancha a medida que surgen nuevos espacios, nuevas causas, nuevos actores, nuevas instancias, nuevas voces -que no necesariamente anulan o reemplazan las anteriores- para la prosecución de objetivos en la esfera local, nacional o regional.

Como dice Arendt, la política conlleva sorpresas, desde esta perspectiva es política toda práctica societal que cumpla la condición de búsqueda, de incidencia en instituciones o esferas locales, de distribución de recursos en un contexto de interacción colectiva determinada, es político todo espacio de disputa.

Desde otra perspectiva, *para la concepción liberal*, el proceso democrático cumple la tarea de programar el Estado sobre el interés común de la sociedad, entendiéndose el Estado como el aparato de la administración pública y a la sociedad como el tráfico de las personas privadas y su trabajo social estructurado en términos de economía del mercado.

Para este enfoque la política sería la mediación entre los intereses sociales privados y un aparato estatal especializado en la administración del poder político con fines colectivos. El colectivo social es definido como el

conjunto de individuos y no como grupos que se relacionan para competir por las definiciones culturales, políticas y económicas. El componente relacional se ve reducido entonces a su mínima expresión. Se define al ciudadano a través de un esquema de libertades negativas en las cuales se hace uso de ellas como personas privadas; es decir, libres de coacciones externas.



Brígido Xolalpa Mancera, archivo

En contraposición a esta interpretación, incompleta de un modelo cuasi ideal, *la concepción republicana* propone comprender la política sin que ésta se agote en la función de mediación, sino como forma de reflexión de una trama de vida ética. El objetivo sería constituir a partir de los individuos pertenecientes a una comunidad, una conciencia de su recíproca dependencia y la configuración de una asociación de ciudadanos libres e iguales donde el valor solidaridad aparece como una tercera fuente de integración social.

Supone, la existencia de una base social autónoma, independiente tanto del Estado como del mercado. En la concepción republicana, el espacio político público, y la sociedad civil cobran un real significado estratégico, proporcionando una fuerza integradora a partir de la autonomía de la práctica y del entendimiento entre ciudadanos.

Para el planteo republicano habermasiano los derechos ciudadanos son concepciones positivas como el derecho a la participación y comunicación política ejercidas

al logro del bien común. Todos estos logros concebidos dentro de una comunidad de libres y de iguales se dan en contextos de conflicto y lucha.

La función del Estado es la de garante de un proceso inclusivo de formación, de opinión y de voluntad política. A estas dos concepciones le agregamos una tercer alternativa en donde a este modelo republicano se le incorpora la definición de que la sociedad es también una autoorganización de ciudadanos unidos comunicativamente (Habermas, 1998).

La crítica del autor se dirige a que la perspectiva republicana hace depender el proceso democrático de las virtudes de los ciudadanos orientados al bien común. Pero la política no se compone sólo, ni siquiera primariamente, de cuestiones negativas al auto comprensión ética de los grupos sociales. Se hace necesario por lo tanto ampliar el concepto de racionalidad para dar cabida en él a lo "razonable" y lo "plausible", para así reconocer las múltiples formas de la racionalidad.

Se trata, entonces, de expandir la democracia y su esfera de aplicabilidad a todas las relaciones sociales. El objetivo del autor es crear otra clase de articulación entre elementos de la tradición democrática liberal -sin perspectiva- en un modelo de derechos individualistas, y otro modelo articulado en torno a la categoría "derechos democráticos".

Esta concepción creará una nueva hegemonía, con la consiguiente permanencia de las relaciones de autoridad y poder que el mismo concepto implica: "Es importante abandonar el mito de una sociedad transparente reconciliada consigo misma... un proyecto de democracia radical y plural, por el contrario requiere la existencia de multiplicidad, de pluralidad y conflicto, y ve en ellos la razón de ser de la política" (Habermas, 1999).

Como consecuencia de este intento de redefinición de lo político se desarrolla la ineludible tarea de construir desde lo diverso, desde el otro como tal, como diferente, pues es lo que en última instancia caracteriza al hombre. Por eso, para Arendt "la política se basa en el hecho de la pluralidad de hombres... tratar de estar juntos los unos con los otros, los diversos" (Arendt, 2005).

La política nace "entre" hombres, por lo tanto no existe ninguna sustancia propiamente política. La política surge "entre", y se establece como relación; es un concepto que refiere a lo relacional - plural. Se inscribe, por consiguiente, como ámbito de acontecimiento y novedad. Es necesario que dicha pluralidad sea respetada por el gobierno y el Estado para que se garantice que no existan silenciamientos y/o imposiciones, construyéndose entonces un espacio de diálogo real.

Es por lo antes expuesto que entendemos la política como acción y ésta va siempre acompañada de la palabra, del discurso. Gracias a la palabra y a la acción el mundo se vuelve habitable y se transforma. En él accionamos unos y otros, es lo que nos une y también nos separa. Así, la acción y la palabra construyen el espacio público, que para la autora mencionada es cada vez más "resplandor", porque cada vez, en los tiempos que vivimos, "ilumina menos a la acción".

Sin embargo, queda claro que no todo el espacio político es poder comunicacional, sino que se hace necesario identificar las relaciones de poder propiamente dichas.

Así, cuando se cae en la tentación de asimilar acción, poder, esfera pública y política a las relaciones entre dominados y dominadores se cae en el peligro de querer liberarse de la política y considerar que en el lugar del poder no hay nadie, lo cual es altamente peligroso para la vida democrática. La situación descrita es la que quizás más se asemeja en algunos países latinoamericanos, si el poder ejecutivo no es nadie en Bolivia o como se insinúa en Argentina, entonces los procesos de elección democrática son desconocidos, tornándose las sociedades en vulnerables debido a las prácticas "a-políticas" que sitúan a la "gente" dónde antes se erguía el ciudadano.

Surge así la política entendida como "amigo-enemigo", negándose la posibilidad, como plantea Mouffe, para construir democracia al transformar el enfrentamiento con el enemigo en enfrentamiento con el adversario. Con éste, a diferencia del enemigo, se discute; existe, en consecuencia, la posibilidad de coincidencia parcial y la creación provisional de acuerdos: "La política consiste

en domesticar la hostilidad y en tratar de neutralizar el antagonismo potencial que acompaña toda construcción de identidades colectivas" (Mouffe, 1999:14). Por tanto, es necesario pensar en que la política no sólo como el intento de creación de consensos a partir de la existencia de conflictos, sino también de tomas de decisión del poder político cuando aquel se hace imposible. Su propuesta es elaborar una forma verdaderamente política que sin dejar de postular la defensa de los derechos y el principio de la libertad individual no escamotee la cuestión del antagonismo y la decisión. Se trata entonces de construir "lo" político íntimamente ligado a la dimensión del antagonismo, lo que implica la aceptación de la hostilidad como consustancial a las relaciones humanas.

Para nosotros no hay dudas que el orden democrático no puede sobrevivir sin ciertas formas de consenso que debe apoyarse en valores ético-políticos constructores de legitimidad, y en las instituciones en que se inscriben, permitiendo, no obstante, que el conflicto aflore.

Para una democracia es necesario que los ciudadanos puedan elegir entre posibilidades reales y distintas. El consenso total es inexistente o falso, conduciendo por tanto a una engañosa equivalencia. El déficit total es igualmente peligroso y productor también de desequilibrios conducentes siempre a los totalitarismos.

Creer que la democracia es algo natural, evidente, o el resultado de una evolución moral de la humanidad es un *grosso error*. Se hace necesario percibir su carácter improbable e incierto. La democracia es frágil y algo nunca definitivamente adquirida. No existe un "umbral" de la democracia que una vez logrado sea definitivo; antes bien la línea se mueve a la deriva cuando se concentra y centraliza la riqueza y, como contrapartida, aumentan sin cesar la marginación de grupos enteros que están cada vez más excluidos de la comunidad política.

Tomaremos en esta ponencia sólo los casos de Argentina y Uruguay, sin perder perspectiva de lo que ocurre en el resto del continente.

Argentina: entre la integración social y la resistencia

Si la política es el reino de la incertidumbre, de lo discutible, lo negociable, las verdades políticas son el resultado de las luchas y posibilidades de acuerdos parciales, domesticando la hostilidad. Pareciera que en Argentina, poco se ha aprendido de estas verdades.

Cuando un viejo régimen se agota surge una constelación de actores que no encuentran su lugar institucional y la subvierte para entrar en escena. Cuando esto ocurre, tiempos de cambios profundos habrán llegado. En el caso argentino, existieron dos momentos de cambios de corte transformador: el surgimiento del radicalismo y el peronismo después.

Pero la historia del país está más marcada por períodos de crisis, desencuentros y quiebres institucionales que de acuerdos de gobernabilidad.

A pesar de la reconquista de la democracia en 1983 han continuado experimentándose recurrentes conmociones de extrema gravedad. Las consecuencias son los retrasos, las frustraciones y las tensiones cuasi permanentes.

Si la historia argentina en su último período está firmada por expectativas incumplidas, es tiempo de realizar una breve reseña sobre las principales características de este último período.

El gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) estribó en sintetizar la matriz intransigente tradicional del radicalismo con la praxis transnacional, absorbente y convocante, que también nutrió -negativamente casi siempre- la identidad radical. La coalición alfonsinista del 83 con vocación policlasista estructuró un discurso sobre la consuetudinaria cesura de los circuitos en la Argentina: el político-institucional y el corporativo. Muchos han creído encontrar la llave del éxito electoral en la fuerte prédica anticorporativista y en la ubicación certera de la dicotomía democracia-autoritarismo. La crisis inflacionaria desatada imposibilitó la finalización institucional de su mandato (Giussani, 1987:95).

El triunfo del Partido Justicialista y la asunción del mando por parte de Carlos Menem (1989-1995), siendo reelegido por un segundo período (1995-2000), se realizó cabalgando sobre la hiperinflación y la fase terminal de una crisis que llevaba ya treinta años de duración. Durante el período se afectó no sólo la economía sino el propio Estado, debido al debilitamiento de la figura presidencial y



Victoria Castañeda de Fuentes, relaciones públicas

el desorden administrativo; creciendo, además, una masa empobrecida dispersa y heterogénea.

Al estilo pluralista del gobierno anterior, el nuevo presidente contrapuso su figura como representación simbólica de una manera de hacer política. Lo cierto es que el personalismo y el ejecutivismo que Menem exacerbó y modificó, de alguna manera tampoco son ajenos a la tradición populista. El cambio de tono, contenido y forma del discurso presidencial fue rápido, ante la imposibilidad de integrar intereses sectoriales su decisión política recayó sobre los "poderes fácticos" a quienes otorgó todo tipo de concesiones.

En este breve racconto señalaremos el papel de la izquierda, la cual sufrió todas las consecuencias de haber sido una minoría sin arraigo popular. Como consecuencia de ello, fue peronista-antiperonista; estalinista-antiestalinista; participó en los grupos armados, repudió los grupos armados.

Por supuesto, y como es tradicional en algunos sectores político-radicales, no encontraron condiciones para integrarse a un proyecto que intentara ser mayoritario.

La necesidad de articular una alternativa a la propuesta menemista empujó a sectores de izquierda y de centroizquierda a confluir en un proyecto de corte opositor al privatizador de Menem y al indulto de los militares. Éstos se transformaron en un polo convocante que posibilitó el nucleamiento de sectores que se habían quedado sin representación partidaria ante su oposición al proyecto de gobierno. La mayoría de estos grupos estaban, además, distanciándose de las estructuras partidarias o agrupaciones en las que habían actuado hasta ese momento.

El triunfo de la Alianza fue el resultado de un intrincado juego político. La fuerza política tuvo la capacidad no sólo de percibir el descreimiento de la sociedad sino también de comunicar una actitud de cambio para hacer propias las demandas. La flexibilidad y la apertura triunfaron en medio de la lucha por la "política pequeña".

Ambas fuerzas habían vislumbrado la imposibilidad de derrotar por separado al justicialismo, permitiendo el triunfo de Fernando de la Rúa. El fracaso del proyecto de centro-izquierda fue palpable en muy poco tiempo.

La explosiva situación desatada a partir de la crisis generalizada en diciembre del 2001 culminó con la renuncia del presidente, sumiendo al país en un mar de incertidumbres, institucionales y políticas. La sucesión de 5 presidentes en el lapso de 5 días, dan cuenta de la profundidad de la erosión del sistema.

En enero del 2002, y en plena explosión social, sube a la presidencia Eduardo Duhalde; ello significó: por un lado, el asenso del sector peronista más centrista, por otro lado, la definitiva consolidación del justicialismo como partido hegemónico. Dicho partido reconfiguró e integró en su seno un abanico ideológico abarcador de los sectores de derecha apoyados en el 'pensamiento único' neoliberal, sectores de centro y por fin militantes de izquierda con un discurso "progresista".

La proclama de ‘alimento y trabajo’ recorrió el espectro social más vulnerable, siendo un eje contestatario y vertebrador de la política de estos últimos años.

En el proceso electoral de abril del 2002 el justicialismo cumplió un doble papel: fue oficialismo y oposición, centro derecha y centro izquierda. Las elecciones se realizaron con un partido único dominante, ausencia casi de oposición seria, debates inteligentes y especialmente falta de proyectos profundos y propositivos. Sin duda, no fue un escenario alentador para la configuración de un proceso democrático y pluralista.

Triunfará Néstor Kirchner con una propuesta de corte nekeynesiana. De hecho los resultados confirma-

ron el rol hegemónico del partido justicialista. Tal como observamos, los tres candidatos autodefinidos como peronistas sumaron el 60% del total de los votos.

Lo cierto es que el gobierno cumplió en el ámbito político con alguna de sus promesas electorales: derechos humanos, anulación de la ley de punto final, renovación total de la Corte de Justicia, así también como la remoción de jueces y policías corruptos.

En el año 2007 asume Cristina Fernández en elecciones plenamente libres y competitivas y su gobierno se reconoce como continuidad del que asumiera Néstor Kirchner.

Cuadro 1. Elecciones presidenciales de Argentina 2007

Fórmula / Partidos políticos	Resultados		
Cristina E. Fernandez De Kirchner - Julio C.C. Cobos	A.FTE.VICT. Alianza Frente para la Victoria	8.204.624	44,92%
Elisa M.A. Carrio - Ruben Hector Giustiniani	C.C.C. Confederación Coalición Cívica	4.191.361	22,95%
Roberto Lavagna - Gerardo R. Morales	UNA Alianza Concertación UNA	3.083.577	16,88%
Alberto J. Rodriguez Saa - Hector M. Maya	A.F.J.U.y.L. Alianza Frente Justicia, Unión y Libertad	1.408.736	7,71%
Fernando ‘Pino’ Solanas - Angel F. Cadelli	SocAut Partido Socialista Auténtico	292.933	1,60%
Otros		1.367.980	7,49%

Votos		
Positivos	18.265.050	93,90%
En blanco	934.739	4,81%
Nulos	217.744	1,12%
Recurridos e impugnados	35.061	0,18%

Fuente: Ministerio del Interior

Pese a la bonanza económica, o quizás por ello, la existencia de tensiones, amenazas e incertidumbres que son constitutivas de las sociedades modernas, en la Argentina aparecen crudamente agudizadas. Los conflictos sociales, los enfrentamientos y la descalificación a las instituciones representativas son parte, en este momento político, de la vida cotidiana. “Una trama de múltiples y

complejas posiciones en términos de valores ideológicos e intereses sociales amenaza en convertirse en un campo de batalla entre dos bandos existencialmente enfrentados” (Mocca, 2008:12). Nos referimos, concretamente, a la tensión “campo” -gobierno, a partir de la cual se generaron conflictos entre aquellos sectores sociales, generalmente de clase media, que apoyaron las deman-

das de productores agroexportadores (tradicionalmente integrantes de las clases dominantes), y los sectores más populares, base de sustentación del gobierno.

La crisis mundial ha desatado un nuevo debate en torno al modelo de desarrollo, esto es entre la alternativa de un país productivo e inclusor o, el regreso al viejo modelo excluyente. De hecho las elecciones legislativas que se llevaron el domingo 28 de junio de este año ponen en cuestionamiento la permanencia de un proyecto de corte progresista. Recordemos que Néstor Kirchner y Daniel Scioli quedaron detrás de un novato, Francisco de Narváez. Casi todos los presidenciables opositores se alzaron con victorias: Julio Cobos, Mauricio Macri, Carlos Reutemann. El kirchnerismo disminuyó su número de diputados y senadores nacionales. Sus performances en Córdoba, Santa Fe, Mendoza y Capital (distritos grandes y muy relevantes) fueron pobres. En un mismo día quedaron golpeadas las tres figuras electorales del oficialismo (la presidenta, Kirchner y Scioli).

La disputa por la legitimidad política es uno de los rasgos permanentes de la cultura colectiva argentina. Consiste en el no reconocimiento de la centralidad del voto para la formación de una mayoría política, que como tal, debe de conformar un gobierno dentro de lo

señalado por la constitución. Estas normas políticas que han sido desconocidas históricamente plantean al nuevo



.....
 Marcelo Lozano Azpeitia, jefe de servicios

gobierno una disyuntiva: acceder a los requerimientos de los sectores sociales más prósperos o cumplir con las propuestas electorales que señalaban la necesidad de una distribución más justa.

El crecimiento durante estos últimos 5 años ha sido del 9% anual. Sin embargo, los indicadores de la pobreza no se han reducido en los niveles esperados.

Cuadro 2. Pobreza e indigencia en Argentina

	Año	Pobreza			Indigencia		
		Total	Area Metropolitana	Resto	Total	Area Metropolitana	Resto
Argentina	1994	16.1	13.2	21.2	3.4 c	2.6	4.9
	1999	23.7	19.7	28.5	6.7 d	4.8	8.8
	2006	21.0	19.3	22.8	7.2 e	6.7	7.9

Fuente: CEPAL 2007

Estas cifras presentan un verdadero dilema pues los votos del frente para la victoria provienen de los sectores populares y de clase media-baja. En la vereda del frente las clases medias acomodadas han votado por el voto opositor, lo que no sería grave si no fuera porque han comenzado a desplegar reflejos adormecidos que nos remiten al primer peronismo y al corte de clase que tantos enfrentamientos produjo.

Una oposición organizada, con sus características, sus ideas, convicciones y sus maneras de sentir y actuar son parte de un proceso democrático. Sin embargo, este proceso se transforma cuando en la oposición confluyen intereses de clase minoritarios con reflejos racistas: se construye el otro como "la negra" opuesta a un insaciable mundo empresarial.

Esta conjunción constituye hoy un espacio político decisivo y poderoso de la derecha. El panorama es cambiante

y pareciera que en la mayoría de la clase media urbana y rural se construye un proyecto de centro-derecha. Es de esperar que el resultado sea un equilibrio de las fuerzas sociales y políticas típico de los países de mayor desarrollo, tal como lo plantea Di Tella.

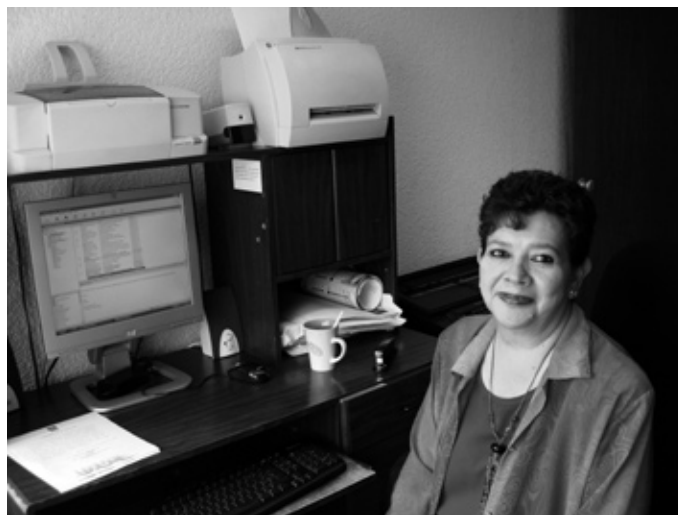
Pero esta conjunción entre centro-izquierda y centro-derecha significa que no está claro quién ganará la próxima elección presidencial: si el caballito de batalla de la derecha contemporánea es la gestión y eficiencia, la respuesta de este gobierno es señalar que la cuestión esencial es “una batalla cultural” donde los temas no incluyen sólo aspectos económicos, sino también dar sentido a los derechos humanos.

Uno de los puntos interesantes del gobierno de Kichner y Cristina Fernández es precisamente su insistencia en devolverle a la gestión la dimensión política, elemento que ha despertado resentimiento en aquellos que se presentan como la ‘verdadera opinión pública’. De ahí la centralidad que tienen los medios de comunicación, transformados en claros portavoces de la derecha, espacio decisivo y poderoso de la oposición. A lo que suma la presencia del tradicional sector agrario, que han cumplido, al decir de algunos estudiosos un rol “destituyente”. Como bien expresa Habermas, y ya señalamos, la opinión pública puede ser manipulada. Entonces el tema central tiene que ser dinamizar el potencial crítico de la comunicación.

La izquierda en el Uruguay: un crecimiento polifónico

A finales de la década del 50 y durante los años 60 el advenimiento de la crisis social y económica generó una polarización de la sociedad uruguaya, lo que implicó cambios en el papel de la izquierda. El antiguo rol testimonial fue sustituido por un creciente protagonismo, al menos en el debate, puesto que comenzó a vislumbrarse una pretensión de modelo alternativo. La revolución cubana, así como otros movimientos insurgentes en América Latina en un contexto de guerra fría, plantearon la hipótesis de un eventual acceso al poder de las fuerzas de izquierda.

Pero la polarización en los debates fue paralela al surgimiento de un movimiento de guerrilla urbana que cuestionó un modelo de país, el cual durante décadas pareció indestructible. La crisis social, política y económica comenzó a jaquear toda la cosmovisión de una sociedad que se contemplaba a sí misma como casi perfecta, “la Suiza de América”, “la sociedad hiperintegrada”, y en don-



Rebeca Hernández Rojas, secretaria

de los cambios sólo eran posibles como consecuencia de la inercia de los lentos procesos de transformación que vivió el país.

Rápidamente todo el sistema político se encontró inmerso en un caos al cual muchos se negaron a reconocer, otros no pudieron advertirlo, y lo que fue claro era que nadie poseía la solución.

En este panorama fue lógico que la izquierda comenzara a articular nuevas formas de organización y de accionar político. Desde una situación de neta oposición al sistema tradicional de partidos, comenzó a gestar el cambio cualitativo más significativo en la vida política uruguaya de los últimos 130 años. Los partidos de izquierda ya existentes, sectores progresistas de los partidos tradicionales, personalidades independientes, y el Partido Demócrata Cristiano conformaron en 1971 una alianza política denominada Frente Amplio. Fue muy difícil comprender un acuerdo político entre cristianos y comunistas.

Con una propuesta programática de corte rupturistas con los modelos tradicionales uruguayos -donde se proponía la reforma agraria, la nacionalización de la banca y la integración latinoamericana para enfrentar los avances del imperialismo capitalista-, esta nueva experiencia política generó muchas más dudas que certezas. Se desconocía cuál era el potencial electoral que podía llegar a tener una coalición de esta naturaleza y la viabilidad de su permanencia en el tiempo.

Tras de sí se generó una intensa movilización ciudadana, a la cual se prometió, y al mismo tiempo se exigió, participación en la toma de decisiones. Se trataba de una nueva forma de organización política que no sólo pretendió diferir de tradicionales en cuanto a su ideología y su programa sino también a su funcionamiento.

En las elecciones de 1971, con una votación del 18% a nivel nacional, se confirmó que la posibilidad de acceder al poder era aún remota. Sin embargo, la izquierda que nunca había tenido más de dos escaños en el senado, pasa a tener cinco. A su vez, el Frente Amplio se convirtió en la segunda fuerza a nivel electoral en el departamento de Montevideo.

Los meses sucesivos a las elecciones tuvieron una intensidad muy particular. Fue un periodo de un fuerte bloqueo político, aumento del autoritarismo y de sucesivos pasos que confluyeron en el golpe de estado de 1973.

La intensidad de este periodo histórico en la vida nacional fue también paradójica pues los partidos políticos tuvieron muy poca capacidad de decisión.

El advenimiento del gobierno militar fue una circunstancia que la clase política no supo o no pudo evitar. Una vez producido el golpe de estado en junio de 1973, la suerte de los sectores que conformaban la izquierda fue dispar. Cárcel, clandestinidad y exilio fue el destino de la mayoría de los dirigentes. La masa ciudadana poco podía hacer para resistir los paulatinos avances de la represión militar. La posibilidad de organización como órgano de oposición del Frente Amplio en ese período fue caótica. Existieron diferentes mecanismos de coordinación, pero sin un elemento orgánico que pudiera dirigir el movimiento. Poco a poco, tanto en el Uruguay como en el exterior,

se comenzaron a realizar diferentes tipos de contactos con sectores democráticos de los partidos tradicionales como forma de coordinar esfuerzos para disminuir la embestida cada vez más represora de las Fuerzas Armadas contra la población.

Estas conversaciones y embriones de acuerdos fueron los primeros pasos para comenzar a desestigmatizar a la izquierda en el resto de la clase política uruguaya. Representó una revalorización de lo político expresado a través de los propios partidos, en los cuales la izquierda no había estado incluida.

Las pretensiones de los militares de legitimar su modelo de organización institucional se rechazó en el plebiscito de 1980. A partir de ahí quedó claro que, de una manera u otra, la solución al problema institucional habría de pasar por los partidos políticos.

Los militares insistieron en excluir a la izquierda de cualquier modelo de futuro país y convocaron a elecciones internas de sectores de los partidos tradicionales en noviembre de 1982.

Estas elecciones generaron dentro de la izquierda una disyuntiva que aún hoy sigue sin tener una respuesta definitiva: ¿cuál era el camino a seguir? Por un lado se planteó apoyar a los sectores democráticos de los partidos tradicionales; por otro, señalar el perfil propio y la vigencia del Frente Amplio a través del voto en blanco. Esta divergencia a nivel de dirigencia tuvo su espontánea resolución en el voto de la masa ciudadana de izquierda.

En tiempos de semiclandestinidad, combinada con fuerte represión, los canales de comunicación entre la dirigencia y la base, si es que estas categorías existían, fueron muy difíciles. El electorado de izquierda, en su gran mayoría, libérrimamente se expresó electoralmente de acuerdo a lo que su propia conciencia, niveles de lealtades partidarias, y consideraciones estratégicas le indicaron. El resultado fue doblemente bueno para la izquierda; se conformaron convenciones de los partidos políticos con un claro predominio de los sectores democráticos, que fueron en principio quienes irían a negociar con los militares, y a su vez los resultados del voto en

blanco reafirmaron la vigencia del Frente Amplio como organización política.

El desarrollo de los acontecimientos políticos generó paulatinamente que la izquierda fuera tomando cada vez más protagonismo. Las movilizaciones sociales, donde la izquierda ejercía la hegemonía de la conducción, fueron cada vez más frecuentes. El retiro del Partido Nacional de las negociaciones con los militares obligó a éstos a reconocer al Frente Amplio como fuerza imprescindible para que el acuerdo, al que se llegó con el Partido Colorado, tuviera una legitimidad indiscutida. De ahí en más, tanto para los militares como para los partidos políticos la izquierda fue una realización política que ya no podría volver a discutirse.

Este hecho significó para la izquierda la posibilidad de una ubicación estratégica en la vida nacional. Más allá de los cuestionamientos éticos de lo que representó

negociar una salida política con un actor que tenía encarcelados a miles de sus integrantes, fue la primera vez en la historia nacional en la cual la izquierda podía por sí trabar o destrabar una de las situaciones más delicadas de la vida nacional de todo el siglo.

Para entonces, toda la sociedad uruguaya aceptó, implícitamente, un lugar -anteriormente negado- dentro del escenario político para la izquierda.

Las elecciones de 1984 marcaron un leve aumento electoral de la izquierda y consolidó su fortaleza en el departamento de Montevideo. En un clima de euforia democrática, la vigencia del Frente Amplio quedó plenamente asegurada, al tiempo que se generó una crisis no de crecimiento sino de reacomodo a la nueva situación del país y a la nueva situación interna. A partir de allí el porcentaje de votos a la izquierda seguirá un comportamiento en aumento sostenido.

Cuadro No 3 - Elecciones nacionales - porcentaje sobre votos válidos

Tabla 1. Apoyo electoral por bloques (% votos válidos), 1971-2004

	Partido Colorado + Partido Nacional	Frente Amplio
1984	76	21
1989	69	21
1994	63	30
1999	55	40
2004	46	52

Fuente: Departamento de Ciencia Política – Banco de Datos./ FCS/UDELAR.

El primer período democrático tuvo para el Frente Amplio dos grandes polos de atracción, por un lado, el ejercicio de la oposición a la política del Poder Ejecutivo de no juzgar a los violadores de los derechos humanos durante la dictadura, y por otro, el reacomodo de su propia interna a la luz de los resultados electorales de 1984 y de las sucesivas controversias que se plantearon, tanto por aspectos ideológicos, como organizativos.

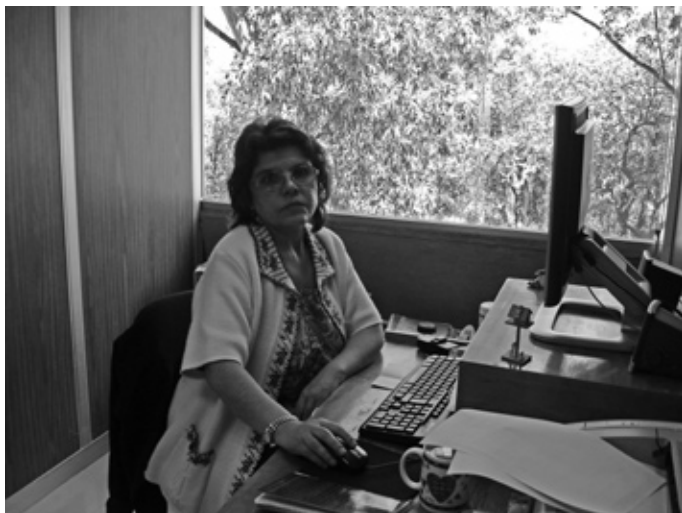
Las elecciones de 1989 encuentran a la izquierda dividida en dos opciones electorales. No obstante ello, a ambas fuerzas políticas los resultados los favoreció. El Frente Amplio aumenta levemente su caudal electoral a nivel nacional pero, fundamentalmente, logró ganar el

gobierno municipal de Montevideo. El Nuevo Espacio, coalición formada por el Partido por el Gobierno del Pueblo y el Partido Demócrata Cristiano y que se definió como socialista democrático, obtiene dos senadores teniendo un porcentaje de votación como nunca antes había tenido ningún partido de izquierda previo a 1971.

Desde el inicio de la gestión del gobierno departamental de Montevideo por parte de la izquierda, se generaron diversos tipos de mecanismos de bloqueo por parte de los partidos tradicionales. Este segundo gobierno democrático trató de relacionarse menos que el anterior con la izquierda. El Frente Amplio no participó de la dirección de ninguna de las empresas estatales,

y sus planes de subsidio del transporte capitalino y de descentralización de la gestión municipal fueron combatidos desde el resto de los partidos tradicionales como nunca antes se había ocupado ningún partido de lo que sucediera en la Intendencia capitalina.

Poco a poco, la figura de Tabaré Vázquez fue creciendo dentro de la interna de los propios frenteamplistas



Blanca Estela Bautista López, secretaria

desplazando al General Seregni, líder histórico de la coalición. La segura candidatura a la presidencia de Vázquez hizo que los partidos tradicionales apuntaran sus baterías contra el Intendente Montevideano intentando disminuir su prestigio.

Las elecciones de 1994 fueron una prueba de fuego para la izquierda. En ellas, no sólo se juzgó la capacidad de gobernar el presunto talón de Aquiles de la izquierda, sino también la capacidad de proyección de sus dirigentes hacia el resto del país. Si bien el Frente Amplio siguió siendo la tercera fuerza electoral, en noviembre de 1994 se produjo un virtual empate entre los tres partidos mayoritarios, y el triunfo en Montevideo de la izquierda fue aún mayor de los obtenidos 5 años atrás.

Como afirma Real de Azúa: Uruguay "completó de alguna manera una imagen de país y la consideró aceptable, juzgando, por ende que no tenía razón de hacer 'otra' cosa" (Real de Azúa, 1964:67). Estas palabras escritas en 1964, resultaron proféticas en 1999. La coalición del Partido Colorado y el Partido Nacional, lograron el triunfo

de la fórmula electoral representado por las figuras de Jorge Batlle y Luis Hierro López.

El proyecto de centro derecha logró imponerse al frente de la izquierda, captando el voto de los sectores medios, realizando un llamado a la tradición 'democrática liberal', con visos a la continuidad del modelo neoliberal, todavía en pie en esos años. El temor de dichos sectores a cambios económicos abruptos y el bombardeo ideológico que desde los medios de comunicación realizaron los políticos tradicionales produjeron el resultado esperado. A ello, cabe sumarse la falta de respuestas adecuadas, unitarias pero sobre todo rápidas y eficaces de la izquierda, representada por el Encuentro Progresista-Frente Amplio y de sus principales referentes. Como consecuencia de ello, los resultados electorales de la segunda vuelta concedieron el triunfo al partido Colorado con 51.6% de los votos.

La continuación de una política económica que daba muestras de su agotamiento, con la producción de un discurso de 'cambio', entendido como proceso de modernización con influencia neoliberal, produjo fuertes ambivalencias y abruptos corrimientos en su estrategia política. Ejemplo de esta contradicción en el seno del gobierno, fue la continuidad de la utilización del Estado como un gigantesco aparato clientelístico político-partidario y electoral, fruto de la más acabada tradición e identidad partidaria. La agenda política del presidente chocó rápidamente con las necesidades cada vez más acuciantes de una sociedad, a la que los cimbronazos de la crisis afectaban de manera creciente. Aún en temas como los derechos humanos, que se habían transformado en una bandera reivindicativa, el gobierno no sólo no la llevó a cabo, sino que ante la demanda de sectores amplios por "verdad y justicia" reanudó la actitud de encubrimiento y negación.

En octubre del 2004, el triunfo del FA no tuvo que disputarse en una segunda vuelta, con el 50,4 % de los votos rompió con las viejas reglas de bipartidismo de los partidos tradicionales. Una ciudadanía esperanzada se manifestó en las urnas y en las calles.

El nuevo gobierno desde su campaña electoral no efectos de la dura crisis del 2002. “prometía milagros”, se sabía que el país estaba bajo los

Cuadro No 4. Datos de pobreza e indigencia en Uruguay

	Año	Pobreza			Indigencia		
		Total	Area Metropolitana	Resto	Total	Area Metropolitana	Resto
Uruguay	1994	9.7	7.5	11.8	1.9	1.5	2.2
	1999	9.4	9.8	9.0	1.8	1.9	1.6
	2005	18.8	19.7	17.9	4.1	5.8	2.4

Fuente: CEPAL

Sin embargo, en el primer año de gobierno se consolidó una credibilidad ante los primeros cambios operados desde el estado. La larga marcha del discurso del cambio se vio afianzada por el triunfo, en mayo de 2005, de 8 intendencias de las 19 que conforman el país, lo que representa el 75% de la población y el 85% del aparato productivo.

En los primeros años de gobierno la agenda se centró en lo que se dio en llamar “el plan de emergencia”, el armado del equipo y la concreción por parte de los designados sobre las estrategias específicas a seguir. Si bien las reformas han encontrado luces y sombras entre tensiones de cambio y visos de continuidad, lo cierto es que a pesar de las críticas de ‘asistencialismo’ se ha encarado el tema de la pobreza no como efecto colateral, sino como un aspecto estructural del tipo de crecimiento llevado a cabo en nuestro país.

Otro eje que ha sido de gran atención, es el tema de los derechos humanos. La insistencia en la búsqueda de los desaparecidos terminó en algunos hallazgos y el encarcelamiento a responsables militares. La consigna del “Nunca Más” ha intentado combatir ciertas ‘tentaciones totalitarias’ buscando refundar la ciudadanía sobre bases de la memoria, la verdad, la justicia y reparación. En este sentido puede analizarse la coyuntura nacional como lo que Arendt llama ‘momento de verdad’.

A pesar de las críticas, lo cierto es que estos temas han ocupado un importante espacio en la agenda pública y abierto el debate ciudadano.

La apertura de espacios de negociación también es indiscutible, tal es el caso de la restauración de los consejos de salarios, que propiciaron un marco adecuado para el fortalecimiento del papel del movimiento sindical, el que venía en declive en el período de conducción política neoliberal.

En el último año, las políticas han girado hacia la profundización de las reformas. Encontramos como ejemplo de ello el pasaje del plan de emergencia al plan de equidad, el Plan de Salud, la reforma tributaria, algunos de los cuales han despertado resistencias quitándole al gobierno capacidad decisoria. El ejemplo más claro sería el de la reforma tributaria, cuestionada por la oposición de derecha sobre todo en el ámbito de las jubilaciones y pensiones. Ante ello, se derogó la reforma creándose un nuevo programa basado en un nuevo impuesto.

Para concluir, podrían señalarse algunas deudas que el gobierno progresista no ha podido saldar: la reforma del Estado y la legalización del aborto, entre otros. A lo que debe sumarse la sanción de una ley de educación que no encuentra consenso entre los agentes involucrados en el hacer educativo.

Uno de los problemas que se encuentran, no sólo a nivel nacional sino regional, es que a pesar de las múltiples reformas, no se ha podido ‘reformular’ a nivel global el modelo de crecimiento y desarrollo.

Esto es significativo, quizás porque implicará la generación de nuevos consensos al interior de la propia fuerza, paso necesario para llegar a la fórmula política más convocante para la próxima elección presidencial, así

también como para generar un discurso unitario en pos de la misma. De hecho, los resultados de las elecciones internas que se realizaron en el país el pasado domingo 28 de junio pueden hacer inferir que la posibilidad de ganar que tiene el Frente Amplio en primera vuela está, por lo menos, en entredicho. Sin dudas el resultado de las mismas muestra indicios de cambios posibles en la



.....
 Flor de María Ruedas de la Serna, secretaria.

dinamización del Partido Nacional en pos de la próxima campaña electoral, así también como, y principalmente en Montevideo, desmovilización del posible electorado de la fuerza oficial.

Parecería inminente la necesidad de re dinamizar el vínculo de esta fuerza con sus bases como forma de buscar, a través de la acción comunicativa propiamente dicha, un desborde de los tradicionales medios masivos de comunicación privados y facilitar los espacios necesarios para la integración de las diferentes vertientes que la constituyen., así también como generar las redes para la "captura" de nuevo electorado.

Conclusiones:

América Latina está intentando transformaciones que, incluso siendo las más necesarias, producen tensiones en los procesos democráticos, así también como torsiones en la interpretación de la intencionalidad de las mismas.

Casos extremos, como lo son Bolivia, Ecuador y Venezuela, representan claros ejemplos de ello.

Argentina y Uruguay, desde ópticas distintas, no escapan a las presiones de una oposición que, en el caso uruguayo, no se define como derecha y se apoya en la crítica de las políticas económicas gubernamentales que han profundizado componentes redistributivos sin cambiar ninguno de los elementos de la lógica liberal , cuando no neoliberal.

La situación Argentina es más compleja aún, dada la labilidad de sus instituciones y una historia más cercada por la inestabilidad política y social. Sin partidos de derecha realmente estructurados como tales, los vaivenes de la política en estos últimos cincuenta años han oscilado entre golpes de estado y crisis económico-sociales cuasi terminales.

Sin duda, pese a las distancias históricas y societales de Argentina y Uruguay, la comparación de los gobiernos nos permite señalar ciertas similitudes. Ambos han construido con muchos esfuerzos e imaginación un proceso de cambio, rompiendo las representaciones simbólicas de los partidos tradicionales, estableciendo rupturas y fraccionamientos en el caso argentino, unificándolos en el caso uruguayo.

En este último caso la vuelta al partidismo es de corte absolutamente distinto, pues rompe contradicciones muy acendradas. Históricamente hubiera sido difícil predecir un escenario político donde Blancos y Colorados votaran unidos contra el Encuentro Progresista-Frente Amplio.

En Argentina, nunca se hubiera pensado en la posibilidad de un presidencialismo de corte progresista, sobre todo en cuanto a derechos humanos, pese a los embates de los sectores tradicionales.

Sin embargo, tal como hemos planteado, el embate de los sectores tradicionales y las elecciones parlamentarias en la mitad del período presidencial, se han convertido en el test de la posibilidad de continuidad de un proyecto progresista, o por lo menos de un proyecto de país con intenciones de justicia social.

La situación regional puede explicarse a través de dos dimensiones: A) la flexibilidad demostrada por las organizaciones sociales argentinas y uruguayas que lograron readaptarse a los cambiantes tiempos, y crecer basados en principios constitucionales de eficiencia y ética, para de esta manera reconstruir un espacio creíble y de cierta sintonía con las nuevas necesidades de la sociedad. B) el surgimiento en ambos países de líderes innovadores, pese a los crecientes embates de sectores que tradicionalmente han usufructuado del poder.

Un nuevo modo de gobernar otorga la capacidad de captar la creatividad potencial de las situaciones y orientar la práctica social. Esto no significa que el discurso se transforme en una sumatoria de elementos heterogéneos, pero lo cierto es que se ha complejizado la noción de "homogeneidad" del discurso.

Cómo construir lo heterogéneo sin perder homogeneidad es el gran desafío para las nuevas agrupaciones políticas. Lograr, asimismo, un formato integrador que unifique pero también las ubique en términos de distancia con otros discursos, es otro de los desafíos a los cuales se hallan abocados los líderes. Se hace necesario para ambos gobiernos, definidos como centro-izquierda en Argentina e izquierda en Uruguay, construir un discurso como insumo y producto de identidad-identidades. No podemos pensar, sin embargo, que la coherencia necesaria del mismo implique sólo integración normativa, si no que la idea de conflicto y tensión debe estar siempre presente.

Las políticas contestatarias han cambiado en esta etapa; sin embargo, a pesar de ser gobierno, no se puede negar todo lo hecho. Se construye desde lo que se tiene, muchas veces con grandes contradicciones; pese a ello la respuesta a la demanda sobre los Derechos Humanos, sobre todo en Argentina, o ciertas políticas sociales en Uruguay, si bien no satisfacen, auguran la posibilidad de profundización de los cambios.

El dilema de las organizaciones es también muy similar. ¿Cohesión significa disciplina? ¿Se puede profundizar la institucionalización sobre la base de las agrupaciones existentes? ¿Existe la suficiente flexibilidad a la hora de

ampliar la base electoral? Sin duda estas preguntas emergen como producto de una nueva situación; la centroizquierda tiene que estructurar sus discursos considerando la tensión entre el contenido del mismo en términos de captación de los movimientos sociales, ya que se observa distintas pérdidas ante la incoherencia de la práctica y el discurso. Esta idea adquiere relevancia a la hora de pensar la política y las propuestas del gobierno.

En este sentido, queremos abrir una interrogante sobre cómo construir un gobierno de centro-izquierda o izquierda coherente, donde lo popular, práctica política históricamente desdeñada pero que pensada por Gramsci y luego por Laclau, es para nosotros fundamental en cuanto lógica social y modo de construir lo político teniendo en cuenta la lucha por la hegemonía y la formación de identidades sociales. Este proceso es fundamental para comprender los triunfos y los fracasos de los movimientos populares. De este modo se debería comenzar a pensar en un proyecto político de una "democracia radical en el actual escenario de un capitalismo globalizado" (Laclau, 2005).



••• Carlos E. Ortega Bernal, oficial de transporte

La problemática que se ha instaurado en los países estudiados implica analizar cómo responder a la demanda popular y simultáneamente responder a los organismos internacionales que requieren políticas restrictivas. Lograr un equilibrio entre ambas propuestas no es fácil, de su éxito depende que nuestros países

cumplan con sus anheladas metas de desarrollo, distribución y equidad.

En el caso argentino, la búsqueda de equilibrios partidarios ha abierto nuevas alternativas. Por un lado, se ha estructurado un frente de centro-derecha que buscará a futuro aliarse a los sectores representativos de esta corriente, hasta hoy dispersos. Por otro lado, se



..... Sergio Pérez Corona, soporte técnico

ha constituido un sector de centro-izquierda, donde el ex presidente Kishner y la nueva presidenta Cristina Fernández buscan alianzas con "sectores progresistas" de otras identidades partidarias. Al decir de Nun, estamos en una instancia superadora en la historia argentina: "el desplazamiento es del eje peronismo-antiperonismo, que fue tan dañino para la política argentina del último medio siglo, hacia un eje que hoy parece muy superior, que es el de centroizquierda-centro derecha" (Nun, 2005).

A modo de ir concluyendo: los gobiernos que llegan hoy al poder en las democracias del Cono Sur se enfrentan a nuevos desafíos. El panorama ha cambiado dada la crisis mundial que se ha abatido sobre el mundo, ésta afectará sin duda las proyecciones económicas, pero los gobiernos progresistas de América latina se han comprometido a mantener las políticas sociales

Más allá de las especificidades que se desprenden de cada país, encontramos que la conmoción que ha afectado a la condición salarial -el desempleo masivo y la precarización de las situaciones de trabajo-, a lo que

se suma la inadecuación de los sistemas clásicos de estratificación social, han producido un nuevo sujeto social, "el marginado" motivo de preocupación de ambos gobiernos.

Se pretende sostener una democracia que implica la codificación de un sistema de reglas y de un Estado de derecho; de esta formalidad depende la capacidad misma del sistema de adaptarse y perdurar. Pero sin duda el sentido de una sociedad no está dado únicamente por un sistema de reglas, sino que es propiedad de las prácticas sociales mediante las cuales esas reglas se interpreta, se negocian y se aplican.

Adaptarse y perdurar, pero transformando. Para que la democracia formal pase a tener sentido y contenido, se debe garantizar un reclutamiento abierto a través de una verdadera 'competencia' en el ámbito popular.

Frente a las propuestas de privatizar al Estado o estatizar la sociedad, habrá que realizar políticas de democratización, tanto de uno, como de otra; crear ámbitos que puedan asegurar una vida colectiva "activa", una mayor información, participación y descentralización de las decisiones. La ampliación de la esfera pública no se da 'mágicamente' a través de la desregulación, sino a través de la intervención que combata los procesos de desintegración. Para una democracia fuerte, inclusiva y participativa, la esfera pública debe ser garantizada contra toda 'captación' sea de intereses privados, sea inclusive del Estado.

La izquierda en Uruguay se encuentra en una nueva 'encrucijada' y deberá incluir -buscando alianzas- a grupos que muchas veces nuestra historia ha postergado: los jóvenes, las mujeres, los no sindicalizados por no poseer trabajo y las nuevas generaciones que ya hace tiempo vienen de familias excluidas y descreen de toda alternativa política. Creemos que éste es el nuevo desafío, pasar de una identidad de oposición a formar una identidad dirigiéndose hacia esos grupos, centrándonos en ellos -en sus nuevos reclamos y sus nuevas protestas- y no sólo en los debates clásicos hacia la oposición.

Sostenemos que el pensamiento democrático se hace necesario hoy más que nunca; deberá ahondarse en la búsqueda de la igualdad, continuando los caminos que se han abierto desde generaciones pasadas y dando garantías para la inclusión de los antiguamente postergados. La integración es una prioridad interna de nuestras sociedades atomizadas, pero está ligada a la integración externa, esto es un proyecto común latinoamericano.

Partiendo de la historia regional, hoy nos preguntamos junto a Bobbio, ¿qué nos aglutina a pesar de nuestras "obvias" diferencias provenientes de razones específicas y contextuales? Quizás "ser de izquierda" tenga como núcleo considerar toda desigualdad de origen social y toda injusticia aberrante.

Notas

36

- 1 Una vieja práctica que la sociedad uruguaya ha incorporado a su participación política y el ejercicio de sus derechos, desde hace más de dos décadas, comenzando 'irónicamente' durante la dictadura militar.
- 2 Se aclara que la idea de centrarnos en 'el ciudadano responsable y participativo' no intenta culpabilizar al individuo, invirtiendo la problematización 'deconstructivista', que vuelve muchas veces al sujeto moral y criminalmente 'responsable' de sus actos, más que marcar las limitaciones históricas, tejidas en una intersubjetividad de discursos que lo limitan y explican.
- 3 "Queda así distinguido, en la formación de ciudadanía, el concepto de poder comunicativo y el de poder político. Por el primero se entiende la posibilidad de producir discursivamente motivaciones y convicciones compartidas; el segundo, hace referencia a las pretensiones de dominio sobre el sistema político y el empleo del poder administrativo." ("Desde el paradigma comunicacional: divergencias en torno al poder comunicacional y el poder político en la propuesta de Hanna Arendt y J. Habermas". Sylvia Raquel González Mateos. Anales del Instituto de Profesores Artigas/ 2008, Montevideo, Uruguay)

Bibliografía

- Arendt Hannah (1998). *Crisis de la República*. Taurus, Madrid
- _____ (2002). *La vida del espíritu*. Paidós, Buenos Aires
- _____ (1997). *¿Qué es política?*. Traducido por Rosa Sala Carbó. Paidós, Barcelona.
- _____ (1993). *La condición humana*. Paidós, Buenos Aires

- _____ (1994). *Los orígenes del totalitarismo*. Planeta, Buenos Aires
- Giussani, Pablo (1987). *¿Por qué, doctor Alfonsín? Conversaciones con Pablo Giussani*. Sudamericana-Planeta, Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen (1998). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático del derecho en términos de teoría del discurso*. Trotta, Madrid.



••• Margarita Bedolla Torres, secretaria

- _____ (1996). *Perfiles filosófico-políticos*. Taurus, Madrid.
- _____ (1987) *Teoría de la acción comunicativa*. Tomo I. Taurus, Madrid.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. FCE, México
- Laclau Ernesto y Mouffe Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, España
- MacCarthy, Thomas (1992). *La teoría crítica de Jürgen Habermas*. Tecnos. Madrid
- _____ (1999). *Ideales e ilusiones. Reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*. Tecnos, Madrid
- Mocca, Edgardo (2008). "Conflicto sectorial y tensiones políticas", en *Revista Debate*, mayo 2008, a. 6, n. 270.
- Natanson, José (2008). *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile y Uruguay*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Nun, José. "Reportaje", en *Revista Debate*, n. 138, noviembre de 2005.
- _____ (2000). *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos*. FCE, Buenos Aires, México
- Rancieri, J. (1993). *Los nombres de la historia: una política del saber*. Nueva Visión, Buenos Aires
- Real de Azúa, Carlos (1964). *El impulso y su freno: tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*. Ediciones de la Banda Orienta, Montevideo.